

Ga. Foll.
16-19



OPERA DI LA SANTIJA INVERANCIANA Q.

Foll. 200-17

Ca. Foll. 16-19

LA MAS DIVINA
DE LAS OBRAS DIVINAS,

Ó SEA

LA OBRA DE LA SANTA INFANCIA

PARA SALVACION DE LOS INFIELES,
Y FELICIDAD TEMPORAL Y ETERNA DE LOS NIÑOS CRIS-
TIANOS Y DE TODOS CUANTOS Á ELLA COOPEREN
CON SUS LIMOSNAS.



REIMPRESO EN SANTIAGO:
IMPRESA DE MANUEL MIRÁS Y ALVAREZ,
Plazuela de Fuente-Seca núm. 1.

1873.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA DE SANTIAGO



00375668

R-70-839

LA MAS DIVINA
DE LAS OBRAS DIVINAS,

Ó SEA

LA OBRA DE LA SANTA INFANCIA

PARA SALVACION DE LOS INFIELES,
Y FELICIDAD TEMPORAL Y ETERNA DE LOS NIÑOS CRISTIANOS Y
DE TODOS CUANTOS Á ELLA COOPEREN CON SUS LIMOSNAS.



CON LICENCIA DEL ORDINARIO.

SANTIAGO, 1873.

OFICINA TIPOGRÁFICA DE M. MIRÁS Y ALVAREZ,
Plazuela de Fuente-Seca ním. 1.

USC

UNIVERSIDAD
DE SANTIAGO
DE CHILE

THE UNIVERSITY OF CALIFORNIA
LIBRARY
DIVERSITY AND INCLUSION
DEPARTMENT OF HISTORY
UNIVERSITY OF CALIFORNIA, BERKELEY
400 TOWER HALL
BERKELEY, CA 94720-1300
TEL: (415) 495-1500
WWW.LIBRARY.UCAL.EDU

AMADO lector: los dias de nuestra vida no serán bastantes para agradecer dignamente al Señor el inapreciable beneficio, que sin ningun mérito nuestro nos ha concedido haciéndonos cristianos. Ser cristiano, es un don inefable que encierra en sí multitud de otros, por los males corporales y espirituales, temporales y eternos de que nos libró y preserva, y por los bienes de todas clases que abundantísimamente nos proporciona y suministra. Pocos son, sin embargo, los cristianos que agradecen debidamente al Padre de las misericordias esta predileccion singularísima con que nos ha mirado; porque pocos son tambien los que saben dignamente apreciarle. A no pocos cristianos sucede lo mismo que á los hijos de los grandes y poderosos, que como

han tenido siempre lo bastante y aun de sobra para atender á sus necesidades, como nunca han experimentado lo que es hambre, necesidad, miseria, desconocen lo mucho que á Dios deben, no se compadecen ni conmueven á vista de los hambrientos, de los necesitados, de los miserables, ni se sienten movidos á socorrerlos. Así nosotros, nacidos en pais de cristianos, en el seno de la Religion única verdadera, en un pais cuyas costumbres han sentido el saludable influjo del Evangelio, nos compadecemos poco de los infieles, porque ignoramos su tristísimo y lamentabilísimo estado. El corazon mas duro é insensible no puede oir sin conmoverse las relaciones acordes que multitud de viajeros curiosos é incansables misioneros, sin conocerse unos á otros, nos hacen de las bárbaras costumbres de esos pueblos donde todavía no penetró la luz del Evangelio: relaciones que á primera vista parecen increíbles, pero que desgraciadamente no son menos ciertas y verídicas. Los hombres esclavos á millones y tratados por sus despóticos amos con mas crueldad que

si fueran viles animales: las mujeres, hasta en las mas elevadas condiciones, privadas completamente de su dignidad miradas únicamente como instrumentos de placer, repudiadas por el mas leve motivo y hasta por simple capricho, obligadas á arrojarse vivas en las hogueras, que consumen los cadáveres de sus maridos, sopena de quedar para siempre deshonoradas: los niños ¡ay! los inocentes infantillos arrojados por sus padres á los estercoleros cual sacos de inmunda basura, devorados por los perros, comidos por los cerdos, ahogados, abrasados, aplastados por los carros, degollados por sus mismos padres, y esto con una frecuencia que asombra, en tan gran número que causa espanto considerarlo. Hombres, mujeres y niños, privados de la luz de la fé, del calor de las gracias sobrenaturales, manchados con la culpa original y multitud de otras personales, arrastrando una existencia penosísima, presagio de una eternidad de tormentos. ¡Cuánto, cuanto debemos al Señor los cristianos! ¡Cuán ardue debe ser nuestro amor y cuán viva nuestra gratitud! ¡Cuánto debemos apre-

ciar la Religion augusta en que tuvimos la dicha de nacer, y cuya *caridad* nos ha librado de tamaños males y proporcionado tantos y tan inefables bienes!

Si, la *caridad* que es el carácter distintivo de la Religion cristiana: la caridad, que es el mismo Dios: *Deus charitas est*: la caridad, que es el espíritu de la Iglesia, Esposa de Aquel que *pertransiit benefaciendo* pasó esta vida haciendo bien á todos, y murió pronunciando las sublimes palabras de *perdon y amor*: la caridad, que vé en cada hombre, judío ó gentil, bárbaro ó scita, no solo un semejante como la helada *filantropia*, no solo un necesitado como la fria *beneficencia*, sinó un hermano, un hijo de Dios cuya alma, imágen de Dios mismo y rescata-da con su preciosa sangre, está destinada á gozarle eternamente: la caridad cristiana, la caridad de los Apóstoles y sus sucesores, que á costa de mil fatigas plantaron el árbol de la Religion, regándolo con su sangre, ese árbol divino á cuya sombra nacimos y con cuyos abundantísimos frutos nos recreamos: la caridad cristiana, en fin, es á quien debemos no

ser lo que son esos pueblos desventurados. Mas esta *caridad* es siempre fecunda y activa, es ardiente como el fuego y no debe entibiarse, como nunca se ha entibiado, mientras haya una lágrima que enjugar ó un necesitado que socorrer. La caridad, señal divina del verdadero cristiano, prueba infalible y evidente de la divinidad de la Iglesia, ha volado siempre á remediar todos los infortunios, y no podia contemplar impasible el tris-tísimo estado de tan dilatadas regiones, que yacen todavía sentadas en las tinieblas y sombras de la muerte, y menos la situación desgarradora de tantas infelices criaturitas, de tantos niños que en ellas mueren sin bautismo, perdiendo en un instante entre increíbles tormentos la vida temporal y la eterna bienaventuranza. La caridad cristiana que fundó en todos tiempos instituciones análogas á las necesidades de la época, estableciendo las Ordenes militares para defender á los cristianos y sobre todo á los peregrinos; la de la Santísima Trinidad para redimir á los infelices cautivos; la Compañía de Jesús y la Sociedad de San Vicente de

Paul para auxiliar á los Prelados en su ministerio; las Hermanas de Caridad para curar y asistir temporal y espiritualmente los expósitos, los enfermos, los moribundos..... la Archicofradía del Inmaculado Corazon de María para sacar á los infelices pecadores de las garras del lobo infernal..... las Cofradías de Animas para socorrer aquellas ilustres prisioneras y aliviar sus terribles penas..... la caridad cristiana fundó en estos últimos tiempos esa grandiosa obra de la Propagacion de la Fé, y mas recientemente la *Obra de la Santa Infancia*, obras que esceden incomparablemente á los tan decantados progresos é inventos de la moderna civilizacion, obras verdaderamente divinas, y aun añadiré con San Dionisio, las mas divinas de las obras divinas.

Lector querido: te supongo dotado por el Señor de un corazon compasivo y generoso, y en esta confianza voy á darte á conocer y recomendarte con la mayor eficacia la *Obra de la Santa Infancia* que tiene por objeto remediar necesidades extremas y apremiantes, y atrae sobre los

que á ella consagran sus esfuerzos las mas copiosas recompensas; esa Obra Divina que abre las puertas de la eterna bienaventuranza á innumerables almas, y obtiene á sus socios y cooperadores las abundantes y preciosas bendiciones del Cielo. Al leer en los anales de esta Santa Obra el cuadro de las cantidades recaudadas en todo el orbe católico que en los últimos diez años pasan de cincuenta millones, y el número de niños bautizados, cuya máxima parte ha subido al Cielo y está ya gozando de Dios, que en dicho período escede de tres millones, mi alma se ha llenado de alegría: pero al considerar los muchos millones que han muerto ya sin bautismo, y al ver que la católica España, tan celosa en otro tiempo en estender la fé de Jesucristo, que no bastando á sus deseos el mundo conocido, descubrió un Nuevo Mundo para iluminarle con la luz del Evangelio, y franquear á sus moradores las puertas del paraíso, al ver digo á la Católica España figurar casi en última linea entre las Naciones, que con sus limosnas contribuyen á esta Obra eminentemente caritativa, de mi

corazon se apoderó la tristeza mas profunda. ¿Como, me he dicho repetidas veces, es posible que los cristianos, que los españoles sepamos que en otras regiones mueren anualmente muchos millones de niños sin bautismo, por estar sus padres sentados en las tinieblas de la infidelidad y en las sombras de la muerte; que con cortos sacrificios podamos salvar á muchos de ellos, y que teniendo como tenemos por la bondad del Señor abundantes medios de socorrerlos, los dejemos perecer temporal y eternamente por nuestra indolencia? ¿Es posible que teniendo recursos de sobra para perdernos, y quizá para perder á otros, no los empleemos en socorrer almas tan necesitadas, abriéndoles por el bautismo el palacio inmortal de la gloria? ¿Es posible que nuestra España que tiene cuatro veces mas estension y poblacion que Portugal y que Bélgica, no haya dado en algunos años ni aun la mitad de lo que ha dado Portugal; ni la trigésima parte de lo que ha dado Bélgica, y que teniendo casi igual superficie que Francia no haya contribuido con la centésima parte de lo que

dió la Nacion vecina tan culta é ilustrada? (*) ¿No es esto bastante casi para avergonzarnos de ser españoles? ¿Es posible que tanto hayamos degenerado de nuestros antepasados? ¿Es posible que, siendo como son indudablemente los españoles tan piadosos y caritativos, hayamos mirado hasta aquí con tanta indiferencia una Obra tan del agrado de Dios, y tan provechosa y necesaria á nuestros prógimos? ¿No será esta tal vez una de las causas porque nuestra Nacion, la primera del mundo, cuando tan grande era su celo por estender la Religion del Crucificado, haya decaído tanto, y se

(*) En el año de 1871 á 72 la colecta general para la *Obra de la Santa Infancia* ha ascendido en toda la cristiandad á cinco millones seiscientos mil reales, de los que solo Francia contribuyó con mas de tres millones, Bélgica cerca de un millon, Italia cuatrocientos mil reales, Portugal sesenta y cuatro mil y España en dicho año solos veintidos mil reales. Cierto es que en otros años dió mayor cantidad, pero no lo es menos que es una vergüenza, que la Nacion católica, haya mostrado en ese año tan poco celo por salvar almas de infantillos y estender el Catolicismo. ¿No lavaremos esta mancha aumentando nuestras limosnas?

vea hoy abatida, despreciada, perdidas sus posesiones, anonadado su poderío, extinguidas sus fuerzas esperando por momentos su disolucion y su ruina? Parece que no puede esto dudarse si se considera que Dios da siempre en este mundo á las naciones el premio ó castigo de su proceder; mas aun que á los individuos, para quienes hay otra vida en donde completar la recompensa ó penalidad á que se hayan hecho acreedores.

Mas ¿cuál será la causa de esta apatía de la Católica España hácia una Obra que es la mas divina de las obras divinas? ¿No habrá algun medio de quitar esta causa funesta, y hacernos salir de nuestra indiferencia? Sí: la causa verdadera de que los españoles no hayamos hasta aquí contribuido, como debíamos, á la salvadora *Obra de la Santa Infancia*, es porque la máxima parte de los españoles no conocen lo que es esa Obra, y aun los que la conocen tienen de ella una idea muy imperfecta: si comprendiéramos la nobleza y excelencia de su fin, sus portentosos resultados, los abundantes y seguros medios de conseguirlos, la

estrecha obligacion de ponerlos en práctica, las abundantes bendiciones con que el Cielo la recompensa, imposible seria que hubiese un solo español que no se consagrara á ella con todas sus fuerzas. Si llegamos á formar de esta Santa Obra una justa idea, todos, todos, nos entusiasmaremos por ella, todos contribuiremos á ella segun nuestras facultades y así España ocupará el puesto de honor que, como Nacion Católica por excelencia, le corresponde en todas las Obras de Religion y de Caridad; y así nos mostraremos reconocidos al inmenso beneficio, que Dios nos concedió, otorgándonos el precioso dón de la fé, y conservándolo intacto en nuestro privilegiado suelo; y así haremos ver al mundo que no hemos degenerado, que somos dignos hijos de aquellos que volaban á América y Oceanía en alas de su fé y de su celo por propagar la Religion Cristiana, mas bien que guiados por una ruin codicia ó una baja ambicion; y así se allegarán muchos mas recursos y se bautizarán muchos mas millares de niños, y se salvarán muchos mas miles de almas, y

subirán al Cielo coros mucho mas numerosos de inocentes angelitos, á cantar las divinas misericordias y atraer sobre nosotros las bendiciones celestiales.

Tal es el objeto que me propongo en este escrito *del que* como dice San Alfonso hablando de su opúsculo sobre la oracion *quisiera que se imprimiesen tantos ejemplares, como cristianos hay en el mundo*; porque estoy íntimamente convencido de que no es posible conocer á fondo esta Obra, y no amarla, no entusiasmarse por ella, no cooperar á ella con todas nuestras fuerzas. Voy, pues, á explicar el objeto y fin de esta Obra, la facilidad y multitud de medios para conseguirlo, la seguridad con que se obtienen los mas portentosos resultados, la obligacion estrecha y rigurosa de cooperar á ella, el inmenso premio, el cúmulo de bendiciones y recompensas que aguarda á sus asociados y protectores, y la futilidad de los pretestos que pudieran retraernos de ser sus celosos propagadores.

La *Obra de la Santa Infancia* es una asociacion formada principalmente por los niños cristianos, y secundariamente por

los adultos, quienes con sus oraciones y limosnas contribuyen á proporcionar la gracia del bautismo al mayor número posible de esa multitud de niños infieles, especialmente de la China y de la India, cuyos padres yacen sentados en las tinieblas y sombras de la muerte, y los abandonan y arrojan á los cerdos y muladares cual pesada é inmunda carga; librándolos así de la muerte eterna, y conservando á veces su vida temporal.

La nobleza, excelencia y mérito de esta Obra se conoce por su objeto y fin, Estos son allegar fondos para remitir á los Misioneros, congregaciones religiosas y cristianos fervorosos, que especialmente en la China y en la India, además de las otras ocupaciones de su ministerio, se consagran á bautizar multitud de niños moribundos, ó abandonados por sus crueles padres, ó comprárselos por insignificante precio, para regenerar sus almas con la sangre de Jesucristo; librar de la muerte eterna (y muchas veces de la temporal) á tantas infelices criaturas, sumidas en la mayor necesidad corporal y espiritual, que puede imaginarse; ar-

rancar sus pobrecitas almas de las gar-
ras del Leon infernal, en que yacen por
el original pecado; librarlas de las tinie-
blas del limbo ó quizá de las penas del
infierno (si llegan al uso de la razon);
blanquear y hermostear sus almas con la
Sangre del Cordero Inmaculado; fran-
quearles con el santo bautismo las puer-
tas del palacio inmortal de inefable bie-
naventuranza; enviar al Cielo multitud
de ángeles, que desde luego y por toda
la eternidad alaben al Señor, canten sus
misericordias, desarmen su justicia, apla-
quen su indignacion contra un mundo
criminal, é imploren incesantes gracias
y bendiciones sobre sus bienhechores;
educar en fin varios niños y niñas, que
criados con la leche de la Religion y á
la sombra del santuario, sean dentro de
poco otros tantos apóstoles fervorosos de
Jesucristo, para dilatar su reino, é ilu-
minar con la antorcha del Evangelio,
aquellas dilatadísimas y pobladísimas re-
giones, sentadas todavía en las tinieblas
y sombras de la muerte: he aquí el fin
de la *Obra de la Santa Infancia*. ¿Puede ni
aun imaginarse obra mas grande, mas

noble, mas excelente, mas meritoria, mas sublime, mas agradable á Dios y provechosa á los hombres, mas divina en una palabra? Si, segun San Dionisio, la mas divina de las cosas divinas es cooperar con Dios para salvar las almas, por perdidas y criminales que sean, ¿qué diremos de la obra que tiene por objeto salvar esas almas inocentes de toda culpa personal, pero justa é inexorablemente privadas de entrar en el Cielo; esas almas tan necesitadas, que no pueden por sí mismas librarse de tanto peligro y procurarse un bien tan inmenso é inapreciable? ¡Ah! su valor es tal, su objeto tan santo, su fin tan deseable, que, si para conseguirlo fuesen precisos medios dificiles, raros, de incierto y escaso resultado gustosos deberíamos emplearlos aun con ligera probabilidad de obtenerlos: *Etsi rem grandem dixisset tibi... certe facere debueras ¿quanto magis....* decian con razon á su amo los criados de Naaman Siro: ¿pues con que ardor no deberemos consagrarnos á obtener tan noble fin, toda vez que los medios son muchos, y todos fáciles, y todos de eficacia se-

gura é infalible? Para convencernos de la multitud y facilidad de medios con que podemos cooperar á este importantísimo fin, basta enumerarlos y explicarlos:

1.º Procurar que se alistén como sócios el mayor número de niños desde que nacen hasta los veintiun años: y como asociados ó protectores despues, dando la limosna mensual de *dos cuartos*. ¿Qué padre cristiano por pobre que sea, no dará de buena gana á su hijo *dos cuartos* cada mes, para procurarle en la corte celestial amigos y protectores que cuiden de él y le obtengan las bendiciones divinas? En la ciudad de Tolosa de Francia tan solo, se han alistado mas de cuatro mil niños. Felices los niños que se asocien á la *Obra de la Santa Infancia*, haciéndose desde los mas tiernos años cooperadores del Señor en la salvacion de las almas, encendiendo en su tierno pecho el fuego santo de la caridad, y acostumbrándose desde la cuna á tender una mano compasiva á sus semejantes. Para saber como se establece esta asociacion y obtener libros y medallas referentes á su

objeto, basta dirigirse al Director ó Secretario del Consejo diocesano, que se halla establecido en cada Obispado. (*).

2.º Alistarnos como protectores todos los cristianos adultos, no contentándonos con la cuota de los niños, sinó aumentando nuestras limosnas en proporcion á nuestros recursos, economizando en favor de esta Obra los gastos que no sean absolutamente necesarios, dedicándole siquiera lo que hasta aquí hemos malgastado en lujo, placeres, y quizá vicios, para reparar los daños causados con nuestras omisiones y escándalos.

3.º Aplicar á esta Obra las restituciones ciertas á personas desconocidas y que no pueden ser halladas.

(*) La junta encargada de la propagacion y prosperidad de esta Asociacion en esta Diócesis de Santiago está compuesta de los Sres. D. Fernando Quiroga, Canónigo de la S. I. C., Presidente.—D. Jacobo Blanco, idem, vice-Presidente.—D. Pedro Seijas, Párroco de esta Ciudad.—D. Santiago Eleizegui, Pbro.—D. Santiago Guerrero Puelles, id.—D. Vicente M.^a Tettamanzi, id.—D. José Fernandez Sanchez, Tesorero.—D. Joaquin de Andrés Rodriguez Ibañez.—D. Miguel Eleizegui.—D. Manuel Ulla.—D. José Lira y D. Bernardo Castro.

4.º En las enfermedades ó peligros en vez de hacer votos difíciles, costosos, y de escaso provecho espiritual, á Santuarios lejanos, ofrecer á esta Obra, además de una buena confesion, lo que gastaríamos en esos viajes, y daríamos de limosna, Si ya tenemos tales votos, pedir su conmutacion en favor de la *Santa Infancia* á un buen confesor. Santas y utilísimas son las devociones de alumbrado, hábitos, objetos para el culto etc. pero ninguna puede compararse con esta Obra, que envía al Cielo almas que brillarán como lumbreras resplandecientes y por toda una eternidad en la presencia de Dios.

5.º Dar á conocer esta Obra por medio de libritos ó esplicaciones á las personas caritativas, y aconsejársele eficazmente. El que la conozca bien, es imposible que no coopere á ella.

6.º Aun los pobres pueden contribuir mucho á esta Santa Obra si tienen buena voluntad: una artesana en Lyon dió unos dos mil reales. Mas sobre todo los ricos, si consideran que Dios les ha dado todo cuanto tienen, y que le ha de pedir

cuenta de su uso y administracion, y que sin exponerse á las fatigas y privaciones de los misioneros, pueden con sus recursos hacerse participantes de sus recompensas, enviando al Cielo con sus cuantiosas limosnas multitud de almas.

Confieso que si bajo algun aspecto puede envidiarse santamente la suerte de los ricos es por la mayor facilidad que tienen de cooperar con mas eficacia á esta Santa Obra. ¿Y no lo reconocerán así obrando en conformidad á este conocimiento?

7.º Además en la hora de la muerte, cuando se hacen mayores donativos, dejar un legado regular á esta Santa Obra. De alguna persona bastante acomodada sé que destina á ella la mayor parte de su herencia.

8.º Si esta Santa Obra no estuviese planteada en nuestra parroquia ó pais, procurar que se establezca y que así todos la conozcan y cooperen á ella.

9.º destinar á proporcionarnos amigos protectores y padrinos en el Cielo, lo que hasta aquí empleamos en hacer regalos á personas influyentes. ¿Cuánto

mejores y mas útiles serán esos regalos á los que van á ser cortesanos del Rey inmortal de los siglos?

10. Procurar que en las principales iglesias se establezca un peto para recoger las limosnas á esta Santa Obra. A instancias de un devoto se estableció uno en cierta capital de provincia, en el que se reunen anualmente algunos cientos de reales de limosnas.

Que los indicados medios tan fáciles y abundantes son eficaces y seguros, nos lo evidencian los resultados sorprendentes obtenidos por esta Obra, fundada aun no hace treinta años y estendida ya por todo el mundo católico.

En uno solo de estos últimos años—y cada dia vá en aumento—las cantidades recaudadas ascendieron á algunos millones; el número de niños bautizados—cuya máxima parte subió y está ya en el Cielo—á la elocuente cifra de unos trescientos mil; y á cuarenta mil el de los que, habiendo sobrevivido, se están educando á costa de estas limosnas, para ser dentro de poco los apóstoles y salvadores de sus herma-

nos. (*). Persona hubo en la Diócesis de Lugo que mandó á Madrid en dos veces, 10.000 reales; otra, cuatro mil, mil, algunos cientos. Ni deben parecer excesivas estas generosidades en quien quiera que, abrigando en su corazon la fé católica, considere lo que vale un alma, y que por este medio se salvan cierta é infaliblemente muchísimas. Y en verdad ¿no podian darse por bien empleadas cuantiosas riquezas por traer al buen camino algunas almas extraviadas? Si seguramente, porque una sola alma vale mas que el mundo entero. Y esto, aun cuan-

(*) Segun datos oficiales en solo el Vicariato del Tunkin central, en que los misioneros españoles cultivan la viña del Señor, han sido *cientos setenta y siete mil seiscientos cuatro* los párvulos hijos de padres infieles, que durante seis años, en medio de una persecucion sangrienta, debieron la gracia del bautismo á los bautizadores y encargados de la Santa Infancia, los cuales en su mayor parte habian volado al Cielo. Hubo dia de juntarse mas de *quinientos* niños á la vez, y tambien le hubo de morirse mas de setenta. El Ilmo. Cezon vió juntos sesenta y cuatro niños difuntos. En el Vicariato del Tunkin oriental en 1864 se bautizaron 36.942 y de estos solo sobrevivieron 754. ¡Cuántos angelitos al Cielo!

do es de temer que esa alma traida al buen camino, vuelva á extraviarse y se condene al fin, pues de eso no tiene la culpa el que contribuye á su conversion. Pues ¿qué diremos de la *Obra de la Santa Infancia* en que, con no muy costosos sacrificios, se salvan innumerables almas, se salvan digo con toda seguridad, pues la maxima parte de esos niños, como que son bautizados cuando los abandonan ó venden sus padres inhumanos, y están ya moribundos, mueren y suben derechos al Cielo, y los que sobreviven se educan para ser dentro de poco salvadores de sus compatriotas? La Inglaterra y la Sajonia fueron evangelizadas y salvadas por sus propios hijos, como testimonia la historia. ¡Quien sabe si los designios de la Divina Providencia son, que esas dilatadas comarcas reciban la gracia y la verdad por medio de estos niños, que serán para la India como otros tantos Javieres? Sabido es que este Santo bautizó él solo muchos cientos de miles. Grande obra es socórrer las benditas almas del Purgatorio, y en sacar de sus terribles penas una sola, irian bien

empleados ricos tesoros, aunque esas almas están seguras del Cielo, y no hay seguridad de librarlas, sinó solo de aliviarlas ¿pues que será librar de la eterna muerte las almas de esos niños, que de otra manera quedan irremediabilmente perdidas, y esto con tanta seguridad como hay en que un niño bautizado, que muere, sube derecho al Cielo? Si pues debemos ser muy devotos y solícitos de socorrer las almas del Purgatorio, que padecen allí por su culpa ¿cuánto mas las almas de estos pobrecitos niños, inocentes de todo pecado personal? ¿Quién no daría gustoso, aunque fuere todas sus riquezas, por construir para gloria de Dios, en honor de la Santísima Virgen, un templo tan magnífico y suntuoso como el de Salomon, ó como el Vaticano de Roma? Pues mas que todo vale el alma de uno solo de esos niños bautizados; el templo de Salomon pereció, y perecerá algun dia el del Vaticano; mas no perecerán nunca, durarán siempre las almas de esos niños, *templos vivos* de la Divinidad, monumentos eternos que publicarán siempre las glorias, las bondades,

las misericordias del Altísimo. Y bastando muchas veces una corta limosna— á veces la cuota anual de un niño asociado, unos tres reales— para rescatar y poder bautizar un niño infiel, como nos aseguran los misioneros de esos países, y otras personas igualmente dignas de crédito ¿habrá quien no contribuya cuanto pueda, á salvar el mayor número de estas pobrecitas almas? Si á costa de pequeños sacrificios pudiéramos impedir la destruccion de un grandioso templo, ó edificar en nuestro país una iglesia ó Catedral insigne, no lo haríamos? ¿Y no es incomparablemente mas salvar un alma? ¿Y no se enternecerán nuestras entrañas, y ablandará nuestro corazon, y multiplicarán nuestras limosnas, á vista de la gravísima necesidad espiritual y corporal, en que yacen tantos infelices niños, necesidad que nos impone una obligacion rigurosa de socorrerlos?

Asombran al mas intrépido, y conmueven al mas duro las relaciones acordes, que por muy diferentes y encontrados conductos llegan á nosotros del tristísimo estado de una multitud de ni-

ños, en esas estensas y populosísimas comarcas de la China y de la India. Oigamos sobre este particular el testimonio de un autor inglés tomado de la obra titulada *Investigaciones filosóficas sobre los Chinos*: »Allá, dice, las parteras ahogan en un cubo de agua caliente á los niños.... ó bien los arrojan á los rios con una calabaza silvestre vacía y atada por detrás, de modo que sobrenadan mucho tiempo antes de espirar (sucediendo á veces—segun afirman otros—que las aves de rapiña, horadándoles el cerebro, les comen los sesos antes de morir). Los gritos, que dán entonces, harian estremecer á la naturaleza humana; pero allí están acostumbrados á oirlos, y no se hace alto. Otra manera de deshacerse de ellos es la de esponerlos en las calles, por donde pasan todas las mañanas, especialmente en Pekin, unos carretones, en los cuales cargan estas infelices criaturas espuestas desde la noche, y las conducen á un hoyo, que no cubren con la esperanza de que los mahometanos lleguen á tomar algunos de ellos. Pero antes de recogerlos... para trasladarlos

al muladar, sucede con frecuencia que los perros, y todavía mas los cerdos, que infestan las calles de las ciudades de la China, se los comen vivos. Se asegura que en solo Pekin en tres años se contaron *nueve mil setecientos* de estos desgraciados, que fueron conducidos, como queda indicado, al muladar; sin hacer mencion de los que fueron aplastados por los caballos y las mulas, ni de los que habian sido ahogados al salir del seno de sus madres, ni de los que tomaron los mahometanos, ni de los que perecieron en sitios donde no habia quien los contase. Añadamos los arrojados á los rios, que algunos hacen subir á *diez ó doce mil* cada año en sola la ciudad de Pekin, y varios elevan á *treinta mil*. Otro Autor—Dobel, consejero del comercio al servicio de Rusia en su obra *siete años en China*—se esplica en estos términos: «Muchos de los habitantes pobres de Canton por un exceso de miseria abandonan á sus recién nacidos, los cuales por lo comun *son víctimas de la voracidad de los perros*. Los pobres..... crían algunos de estos niños para hacerlos comediantes,

y algunas niñas para entregarlas al desorden.... era moda entre los ricos ahogar muchas de sus hijas recién nacidas, porque les parecía bochornoso *tener crecida familia de este sexo.*» Estos hechos se confirman con las recientes relaciones de nuestros misioneros. El P. Joset escribía: «en estos países hay la costumbre de que un chino pobre, no pudiendo criar sus hijos, los ahoga, les dá otro género de muerte, ó los tira á la calle, expuestos á ser devorados por los perros..... centenares y millares perecen de este modo. Todos nuestros misioneros se ocupan en recoger á estas infelices criaturas: á mi mismo me las traen con frecuencia por seis francos y aun de valde, diciéndome que, *si no las admito acabarán con ellas.* No tratándose mas que de dar seis francos, sería muy fácil el negocio: pero ¿en donde recogerlas? quién les dará de mamar? quién las criará?... Sin embargo V. conoce que el rechazarlas sería una crueldad.»

El R. P. Mouly dice hablando de estos desgraciados: «Si tienen alguna enfermedad, que se juzga incurable, los

padres los abandonan en la calle, después de haberlos ennegrecido, de modo que no puedan distinguirse, y lo mismo sucede si son muy hermosos. Yo recomiendo estas criaturas infelices á las oraciones de nuestras buenas hermanas de caridad.» El quisiera recoger un gran número de ellos, pero lo que le detiene es la falta de recursos. Habla de algunos recogidos ya en las calles, que varios cristianos piadosos le presentan para que los bautice, y que los continúa adoptando: «porque, añade, después de haberlos hecho hijos de Dios, yo no podré jamás resolverme á desampararlos, dejándolos morir en la calle, expuestos á ser comidos por los perros. Ay! yo espero mucho que vendrá un día en que la Providencia, compadecida de estos niños y niñas, les deparará un corazón tierno y paternal, un nuevo San Vicente de Paul; y así como se ha interesado por los espósitos de Europa, hará resplandecer su misericordia con los de la China. Tal es uno de mis mas ardientes deseos». Este deseo cumple la *Obra de la Santa Infancia*. El P. Retord dice: «El in-

fanticidio es muy frecuente en China: muchas veces las mismas madres desnaturalizadas ahogan con sus manos el fruto de sus propias entrañas. El uso de abandonar los niños en las calles prevaleció tanto, que las medidas adoptadas por el gobierno para contener los abusos, no han producido efecto.» «La carnicería de niños, añade el P. Ricci, no se hace á escondidas, sinó á vista de todos». (Véanse otros testimonios en el librito «*La Obra de la Santa Infancia*, París, Bethune, 1843»). El célebre capitán y distinguido sabio Dumont D'Urville se expresa así: «En China, como en la Roma pagana, un padre puede vender á su hijo por esclavo, y usa con frecuencia de este derecho. Especialmente las hijas son un objeto de tráfico.... La humanidad, el amor paternal, la caridad, son virtudes desconocidas á los chinos.... A su estúpido egoísmo debe seguramente atribuirse la enorme cantidad de infanticidios de que cada año es testigo aquel país. Una de las ocupaciones de la policía de Pekin es recoger cada semana los niños arrojados á la calle por

la noche. Amontonan las víctimas en carretas, y llevan mezclados vivos y muertos á un muladar fuera del pueblo... Los que habitan cerca de los rios, abandonan los niños á la corriente con una calabaza al cuello, que les mantiene la cabeza fuera del agua. No es raro ver flotar así cadáveres de niños y los barcos que pasan, hacen de ellos el mismo caso, que harian de un perro muerto.» En fin, por no ser interminables, los PP. Charrier y Galy, Misioneros, cuyo testimonio es tanto mas fidedigno, cuanto que el uno evangelizó aquellos lugares durante doce años, y ambos tuvieron la dicha de ser apaleados y llevar las gloriosas cadenas de Jesucristo cerca de dos años, esperando por momentos el martirio, proclaman las inmensas ventajas de la *Obra de la Santa Infancia*, en favor de tantos y tan desgraciados niños.

A vista de relaciones tan dolorosas, de necesidades tan estremas ¿quién no siente conmoverse sus entrañas? Nos conmovería y no podriamos presenciar, sin remediarlo pudiendo, ver padecer tanto á hombres criminales.... que digo á hom-

bres? á las fieras mismas.... ¿y miraremos impasibles esos niños inocentes y candorosos, pero tan desgraciados, sin que el candor y atractivo, que nos aficiónan hasta á los animalitos tiernos, halle eco en nuestro corazón, en favor de estos infelices, que son nuestros hermanos? Los dejaremos abandonar, ahogar, vender, degollar.... sin hacer cuanto esté de nuestra parte para remediar su gravísima necesidad corporal?

Pero esta necesidad tan extrema, es como nada, si se compara con la que aflige sus pobrecitas almas. Estos niños moribundos ¡ay! no están bautizados, están en las garras del demonio por la culpa original, tienen cerradas las puertas del cielo, están para caer en la oscuridad del limbo...! y ¿contemplaremos serenos su desgracia sin remediarla pudiendo tan fácilmente? ¿Y dónde está entonces nuestro amor á Dios, nuestra caridad con el prójimo? *Qui... viderit fratrem suum necessitatem habere (corporalem á fortiore spiritualem), et clauserit viscera sua ab eo, quomodo, charitas Dei manet in eo?* I. Jo. 3. ¿Cómo podremos creer que

amamos á Dios, si viendo esas imágenes suyas desfiguradas por la culpa, no las rescatamos y limpiamos con su purísima sangre? ¿si no socorremos á esas almas, que El amó mas que así mismo, pues dió por ellas su sangre y su vida, si nó auxiliámos á estas infelices prisioneras destinadas para hijas, hermanas y esposas de Dios mismo? ¿Cómo podemos decir que *Charitas Christi urget nos*, que el amor de Jesús reina en nosotros, sinó miramos con interés lo que Jesús estima tanto? Y sin la caridad de Dios y del prógimo, ¿cómo pensamos salvarnos? Si viéramos cerca de nuestra casa un niño muriéndose.... y sin bautismo... ¿no volaríamos á socorrerlo y á bautizarlo? ¿No estaríamos estrechamente obligados á practicarlo á costa de cualquier sacrificio? ¿Y por ventura la distancia disminuye la obligacion? Si hoy para nada hay distancias, ¿las ha de haber para la reina de las virtudes, para la caridad en su acto mas meritorio?

Pero si no basta para encendernos en afectos de compasion y persuadirnos á remediar con mano generosa tan apre-

miantes y extremas necesidades, la obligacion que nos imponen los dos mandamientos, en que se compéndian nuestra Religion divina la caridad de Dios y del prógimo, muévanos.... ¿la *filantropía*? No que todo es palabras huecas.... ¿el egoismo? No, que es muy frío y helado.... ¿la caridad propia?... sí: la caridad ó el amor verdadero de nosotros mismos por Dios y para Dios. No hablaremos de las muchas misas que se aplican por los asociados, y de las indulgencias plenarias y parciales que les están concedidas. Levantemos los ojos al cielo, y contemplemos el inmenso premio, que Dios concederá á los que se consagran á tan santa Obra. Reflexionemos sobre las gracias y bendiciones que estas almas agradecidas pedirán y conseguirán del Padre de las misericordias, en favor de los que les abrieron las puertas de la bienaventuranza. Ah! Esta consideracion debe enloquecer de entusiasmo por tan santa Obra al mas frio é indiferente. Si ganar un alma es mas meritorio que dar cuantiosísimas limosnas, edificar magnificas iglesias, y esto aun cuando esa al-

ma hubiese sido enemiga jurada de Jesucristo y de su Religion, ¿qué será salvar las almas de esos inocentes, que nunca le ofendieron personalmente? de esos parvulitos que no pueden valerse á sí mismos? de esos infelices que sin culpa actual se hallan espuestos á caer en tanta desgracia? de esos infantillos á quienes, cuando predicaba Jesús en Judea, amaba y acariciaba tanto, llamándolos con ternura, bendiciéndolos con amor, reprendiendo con severidad á sus mismos apóstoles porque les impedian acercarse? ¿Qué recompensa no concederá á los salvadores de esos pequeñuelos, aquel Jesús que, para proteger su inocencia, amenaza al que los escandalizare con que *le valdria mas ser precipitado al mar con una rueda de molino al cuello*; para conciliarles respecto afirma que *sus ángeles ven siempre la cara del Padre, que está en los cielos*. y para movernos á amarles é imitarles nos los propone como modelo, asegurándonos que *el reino celestial es de los que se les asemejan*; y que, *no haciéndonos como ellos, no entraremos en el reino de los cielos*? Aquel Dios-Hombre,

que para excitarnos á servir y socorrer á estos infantillos desgraciados, se vale de estas palabras tan tiernas, paternales y atractivas: *que cuanto hagamos por el último de esos pequeñuelos, nos lo tomará como hecho á El mismo?* si viéramos al niño Jesus llorando, agonizando, abandonado... ¿no enjugaríamos sus lágrimas? no le socorreríamos? no le recogeríamos? Si viéramos á Jesús Sacramentado arrojado á un muladar, espuesto á ser comido por los cerdos.... (aunque allí es imposible) no lo impediríamos á toda costa? no le buscaríamos digna morada? ¿Y no nos dice la fé que El se halla en la persona de esos niños desgraciados, que de un modo especial le representan? Si un rey de la tierra concedería ámplias recompensas al que, hallándose en necesidad le socorriese, ó al que librase de la muerte á su hija, á su hermana, á su esposa querida ¿qué recompensa dará el Rey inmortal de los siglos, á los que libren del limbo y abran las puertas de la gloria á esas almas, destinadas para hijas, hermanas y esposas de Dios mismo? ¿Con qué gozo les dirá en el últi-

mo de los dias: *Venid benditos de mi Padre á poseer el reino...* porque *tuve hambre y me disteis de comer....* dándome en la persona de estos niños la eterna bienaventuranza?

Y los mismos niños, agradecidos á tanto bien, ¿qué no pedirán y conseguirán en favor de sus bienhechores? Ellos, que como vírgenes *siguen al Cordero á todas partes*, ¿qué no alcanzarán para los que les proporcionaron tanta dicha? Si tanto estimamos, si tantos sacrificios y costosos regalos á veces hacemos para tener por amigo, por padrino, al privado de un Rey ó Prelado, á su confidente ¿qué no será justo que hagamos, para enviar al cielo esas almas, que serán nuestros amigos mas íntimos, nuestros protectores y padrinos mas decididos, como que serán nuestros hijos espirituales, que, despues de Dios, nos deberán su dichosa posicion, su bienaventuranza? ¿Qué bendiciones no derramarán sobre nosotros dentro de poco esos pobrecitos, que ahora nos piden el pan de la gloria *parvuli petierunt panem* con los ayes mas lastimeros de esos infeli-

ces cuyas fauces se han enronquecido, cuya lengua se ha pegado al paladar, por tanto como han clamado inútilmente á sus padres insensibles á su infortunio? ¿Permitirán que perezcamos eternamente, si hemos sido celosos para salvarlos? No, no; á no ser que nos empeñemos en condenarnos por no querer mudar de vida. Salvando sus almas, predestinamos la nuestra. *Animam salvasti animam prædestinasti.*

Creo que en vista de los motivos tan poderosos, que acabo de esponer, ya no habrá obstáculo, por fuerte que sea, que nos impida cooperar eficazmente y con todas nuestras fuerzas á esta obra tan sublime de caridad. Ni el carecer de recursos, pues todavía no nos falta para algunos gastos supérfluos, y tal vez pecaminosos, comidas, bailes, juegos, lujo.... y para tan santo fin justo es que disminuyamos hasta los necesarios. Ni el tener por exajeradas las necesidades de estos infelices, pues de su realidad desconsoladora nos dan testimonio, eclesiásticos y legos, militares y misioneros, que, sin haberse convenido, están

completamente acordes en las relaciones que publican á la faz de Europa, que muy luego pudiera desmentirlos (*); ni podríamos, sin hacerles grande injuria, dudar de la veracidad de esos Apóstoles, que todo lo abandonaron y se sacrifican por servir á Dios y salvar su alma, y tuvieron la honra de padecer prolongados tormentos por dar testimonio de la verdad, y de la Religion de Jesucristo, que condena toda mentira, por leve que parezca, Ni el tener que atender á otras obras piadosas, pues ninguna mas agradable á Dios, mas útil y necesaria al prójimo, mas obligatoria y mas provechosa al cristiano, que esta obra divina. Ni el creer que pueda haber para esas infelices criaturas otro me-

(*) Si hubiera exageracion en los datos al instante se hubiera descubierto especialmente en Francia, donde, entre los enemigos de la Religion é interesados en desacreditarla, hay no pocos muy instruidos. En esta absurda suposicion no continuaria siendo la Francia, como lo es, la Nacion que mas contribuye para esta *Santa Obra*, y esto á pesar de la terrible guerra que recientemente la ha asolado.

dio de salvacion; pues si bien la Providencia Divina absolutamente podria salvarles sin el bautismo, mas no puede, dada la ley de su indispensable y absoluta necesidad; y este medio es suficien-tísimo, si, correspondiendo nosotros á sus amorosos designios, enviamos cuan-tiosas limosnas para rescatarlos á todos, ó al menos el mayor número posible.... Pero ¡ay! temo que el demonio, bajo cuyo poder están esas criaturas, y que tiene interés grandísimo en impedir que nuestra *caridad* los arranque de sus gar-ras, logre persuadirnos que la *diframos*, ó la *limitemos*.

Nada, pues, de *dilaciones ni limitacio-nes*: pronto, pronto á consagrar á ella nuestros intereses y nuestras fuerzas to-das. Su necesidad es urgente, urgenti-sima. Si no acudimos pronto, pronto, mañana ya será tarde para los infelices que hoy mueran sin bautismo, que se-rán muchos. La necesidad es grandísima y muy estensa. Cerca de cuatrocientos millones tienen de poblacion esos paises: y entre estos ¡cuantos centenares de mi-les y hasta millones de niños próximos

á morir sin el santo bautismo! Si bien es cierto que á veces con solo tres reales, por el grande valor que alli tiene la moneda, y aun por menos se consigue enviar al cielo un alma, ¿cuántos recursos no son necesarios para salvarlos á todos, y sostener los establecimientos de educacion de los que sobreviven? ¿Quién no se esforzará por salvar el mayor número? ¿Quién se atreverá á poner á su caridad otros límites que los de una absoluta é indeclinable necesidad propia? Si los malos, si los impios, si los protestantes, reúnen anualmente muchos millones para perder las almas, para estender sobre ellas el reino del demonio, si son tan prontos y generosos ¿hemos de serlo menos nosotros? ¿y nosotros cristianos que tanto, que todo lo debemos á la Religion? ¿nosotros que esperamos eterna y magnífica recompensa? ¿nosotros que tenemos absoluta y gravísima obligacion? ¿nosotros que ahora conocemos la sublimidad y heroismo de esta obra divina? ¿nosotros que tenemos tantos, tan fáciles, tan seguros medios para promoverla eficazmente? ¿nosotros, alimen-

tados con el Cuerpo y sangre del Divino Cordero, escogidos entre tantos para operarios de su viña. para promover su gloria y la salvacion de las almas que El tanto ama, obligados, tal vez mas que ninguno, á réparar por este medio las funestas consecuencias de nuestras muchas omisiones y quizá escándalos? ¿hemos de permitir que sean mas celosos los ministros del demonio que los de Jesucristo, que los hijos de tinieblas sean mas activos que los hijos de la luz? ¿Los hijos de la fé hemos de ser menos prudentes que los hijos del siglo? ¿Y quién, quien tendrá valor para cerrar con sus burlas satánicas, ó sus chanzas impías, la mano abierta para socorrer á esos pobrecitos? ¿Quién se atreverá á detener el brazo levantado para arrancar á un niño de la muerte? ¿Quién desviará la mano, que vá á abrirle las puertas del Cielo derramando sobre su cabeza el agua del bautismo?

Ea, pues, escuchemos las solemnes palabras, con que el inmortal Pío IX recomienda esta Obra á todos los Obispos de la Iglesia: *Venerables hermanos.*

Obispos del Orbe católico, os amonestamos que cada uno de vosotros procure introducir en su Diócesis esta cristiana institucion, cultivándola cual tierna planta, que crece en la viña del Señor, porque ella á su tiempo producirá sazonados y abundantisimos frutos. Carísimo cristiano que esto lees, permite que el último de tus hermanos te haga la misma recomendacion, y te prometa idénticos resultados. Permíteme que postrado á tus piés; con el corazon angustiado y los ojos bañados en lágrimas por no poder remediar tan urgente y gravísima necesidad, te pida y te conjure por lo mas santo y sagrado, por el amor de ese Dios, que viene con frecuencia á nuestro pecho; por el amor de la Inmaculada María, á quien despues de Dios todo lo debemos, y á quien no podremos ofrecer obsequio que mas le agrade; por el amor de tantas infelices criaturas, que son nuestros hermanos en Jesucristo; por el amor en fin de tu salvacion, que depende tal vez del celo, que de hoy mas concibas por esa obra, por todo esto te pido, y te conjuro que le consagres tus intereses.

y tus fuerzas con preferencia á cualquier otra. Y si lo dicho hasta aquí no basta para conmoverte y encender en tu pecho un santo entusiasmo por ella, trasládate con la imaginacion á uno de esos muladares ó zangas donde yacen multitud de niños, esperando por instantes la muerte corporal, y lo que es infinitamente peor ¡ay! la muerte del alma. Miralos roncós ya de tantos gritos, con la lengua seca y pegada al paladar, sus ojos desecados por tantas lágrimas, exhalando una que otra vez lastimeros ayes, capaces de ablandar las peñas, levantando hácia tí sus inocentes manecitas en actitud suplicante, que encenderia en caridad al corazon mas helado y egoista, pidiéndote con su semblante estenuado, sus moribundos suspiros, su voz apagada pero elocuentísima: *sálvame ¡oh cristiano? salva mi alma, ábreme las puertas del Cielo por el santo bautismo; dame, dame el pan de la felicidad eterna, para que fui criado; limpia mi alma con la sangre del Cordero, cuya dispensacion te se confió; adórname con la vestidura de la gracia, y subiré muy pronto á rogar por tí y al-*

canzarte abundancia de bendiciones; mira que soy tu hermano, que Dios te manda que me socorras, y te promete magnífico premio; que en tu mano tienes multitud de medios fáciles y seguros para remediarme () y reparar tus faltas y omisiones. Y me dejarás perecer? ¿y no se ablandará tu corazón? ¿y no temerás el castigo de tu dureza increíble? y perecerá, sabiéndolo tú, mi alma por la que un Dios-Hombre dió su sangre y su vida.....?* Contempla hermano mio, ese espectáculo tan tierno y sublime, tan patético y conmovedor, que no es una fic-

(*) Para que se vea con cuanta razon se ponen estas palabras en boca de esas criaturitas, diré de un cristiano que, desde que tuvo noticia de esta Obra, se persuadió de su inmensa importancia, y se consagró á promoverla con tal empeño, que hace años envía anualmente no pocos miles de reales de limosna para la Santa Infancia; la mayor parte no suyos, por las críticas circunstancias que atraviesa el Clero español, sinó de personas caritativas, que nunca faltan gracias al Cielo. Cuantas personas, si hubiera quien las instruyera, darían para ella al menos una parte de lo que dedican á otras obras, buenas si, pero no tan meritorias ni necesarias, ó lo que invierten á veces en votos inconsiderados, y sobre todo lo que malgastan en lujo, galas, y otros excesos semejantes.

cion poética sinó una triste realidad, mira á esos niños dirigiéndote por última vez sus miradas suplicantes. Ellos morirán si no los ayudas y no procuras su socorro pronta y generosamente; morirán corporalmente, y morirán ¡ay! espiritualmente..... quedarán privados para siempre de ver á Dios. Ellos vivirán, al menos en cuanto al alma, si les envías prontas y abundantes limosnas, vivirán eternamente gozando de Dios. Qué resuelves pues? Vivirán ó morirán? Morirán eternamente esas almas compradas con la sangre de Jesucristo? Pudiendo tan fácilmente salvarlos, perecerán á tus mismos ojos esos infelices hermanos tuyos? *Peribit in tua scientia frater, pró quo Christus mortuus est?* Jesús, tu Salvador, sacrificó su vida divina por esas almas, y tú no harás un pequeño sacrificio para rescatarlas de las garras del demonio, y abrirles las puertas de la gloria? ¡Ah! sin querer te injurio, creyéndote capaz de vacilar ni un instante siquiera. No morirán, al menos en cuanto al alma, no quedarán en las tinieblas del limbo, nó. Vivirán, si, y vivirán para siem-

pre; vivirán y subirán al Cielo á pedir por nosotros. Vivirán, y cantarán las divinas alabanzas en desagravio de nuestras ofensas y aplacarán la Justicia divina, provocada por nuestras culpas, y pedirán á Dios por la felicidad de sus bienhechores; vivirán purificadas sus almas con la sangre de Jesús, y unidos á Él, cual coro de inocentes angelitos, velarán sobre nuestros intereses y nos protegerán en los peligros, nos animarán y fortalecerán en los últimos combates de la vida; y nos conducirán á la pátria celestial, vivirán algunos aun en este mundo, para ser apóstoles de sus hermanos, y vivirán la máxima parte en el cielo, á donde subirán y nos alcanzarán abundantes auxilios para salvarnos y salvar á muchos otros. Quiera Dios que así sea. Haga la Inmaculada Madre de Dios y Virgen purísima María que todos terminemos diciendo: *«Desde este momento quiero consagrar mis intereses, mis talentos, mi influencia, todas mis fuerzas á salvar el mayor número posible de almas, por medio de la Obra de la Santa Infancia. Amen.»*





